

la modelación no es la realidad, la modelación parte del sujeto humano en unas determinadas circunstancias culturales. Hay, pues, muchas modelaciones posibles y por ello es necesario no anclarse en modelaciones no adecuadas al tiempo presente. La pregunta que debemos plantearnos es si la modelación que *adoptamos* nos hace vivir en este mundo, un mundo en el que la ingeniería genética puede llegar a producir clones humanos, por ejemplo. Para la epistemología axiológica el sujeto reflexionante y el objeto de reflexión están unidos indisolublemente.

Interviene Flavio con el objetivo de precisar que para Nietzsche el platonismo y el cristianismo, que según él es su versión popular, son nihilismo. Así mismo, al pesimismo ante el declive de la creencia en el mundo platónico y cristiano, también lo considera nihilismo. Él mismo se denomina nihilista. Para Nietzsche nihilismo es dar por verdadero que no hay otro mundo y que este mundo depende de las valoraciones que creemos, asumiendo que estas no serán nunca una valoración eterna e inmutable. Sostiene que solo hay mundo y en él hay un “bicho” hablante, y este bicho habla sobre el mundo; en absoluto afirma que el mundo sea lo que dice el hombre sobre él.

A partir de aquí surge una controversia sobre si hay, o no, un mundo independiente del sujeto. La epistemología axiológica entiende que no, porque toda construcción de mundo depende de los sujetos. La posibilidad de que se puedan construir diversidad de mundos se debe al doble acceso a la realidad, el relativo y el absoluto, de nuestra especie.

Se conviene que la epistemología axiológica es una interpretación, pero no metafísica. Lo absoluto de la realidad, según la epistemología axiológica, es un aspecto de esta misma la realidad, no algo fuera de ella. Esta experiencia de la dimensión absoluta de la realidad no significa que se desmantele la dimensión relativa a mí como pura apariencia, no es pura apariencia sino modelación a medida humana. Este punto es importante y valdría la pena idear un método, una pedagogía, que permitiera esclarecerlo porque aquí radica la dificultad de aceptar un doble acceso a esta realidad misma sin que se proyecte la dimensión absoluta fuera de ella o se vea menosprecio de la dimensión relativa. Es un punto nuclear para la epistemología axiológica.

Sobre la estructura de las revoluciones teológicas

Soñando con una «revolución teológica», ¿en qué nos ilumina la epistemología?

José María Vigil

Con este estudio epistemológico que presentamos en el Encuentro 2012, queremos hacer un mapa de la revolución epistemológica deseada: dónde estamos, qué es lo que está necesitando un cambio, cuáles son los principales obstáculos, cómo se producen estos cambios, y qué se puede hacer para preparar acelerarlos. Nos referimos a la posibilidad de una «revolución teológica», por paralelismo a la «revolución científica», a cuya estructura Thomas Kuhn dedicó su famoso libro.

Se inscribe esta ponencia en el marco de interés por facilitar el «tránsito» inevitable y ya en curso hacia una religiosidad/espiritualidad pos-religional, con referencia especial al cristianismo. Y lo hacemos desde la perspectiva específica de la epistemología, que aunque no es la única, sí nos parece una de las más importantes. Todo es epistemológico, aunque lo epistemológico no lo sea todo.

Somos de los que observamos con dolor el abismo que se establecido entre la tradición de la Iglesia, su jerarquía, sus estructuras, su doctrina oficial... y el pensamiento actual, la cultura moderna, el sentir de la sociedad. Son millones de hombres y mujeres que no se sienten en la Iglesia como en su hogar, donde pudieran sentir, pensar y expresarse con libertad y sintonía, y por eso emigran, se autoexilian, la mayor parte de las veces en silencio, sin protestar, no pocas veces dolidos y desconcertados.

Creemos que esta situación debe ser afrontada. Ya sabemos que el cambio que se requiere para que las religiones se reconcilien con la cultura moderna y el sano sentir de la sociedad actual, han de pasar muchas cosas, y habrán de moverse muchos resortes. Por nuestra parte queremos concentrarnos en un aspecto de capital importancia: el epistemológico. Tal vez

en este frente es donde podemos detectar las dificultades más profundas (y con frecuencia ocultas) del cristianismo para asumir el cambio necesario.

VER

Breve caracterización de la epistemología oficialmente vigente en el catolicismo romano

Tradicionalmente hemos pensado que el diálogo es el mejor modo para resolver nuestros problemas y para superar nuestras desavenencias y discrepancias ideológicas. Es una creencia que tiene su fundamento en la sabiduría humana y tiene su reconocida eficiencia en la resolución de conflictos. Pero tiene también sus límites. Y no pequeños. La epistemología -y el sentido común- nos dicen que hay veces en que el diálogo es imposible, por ejemplo, cuando falta una base común desde la que dialogar: un mismo lenguaje, un mismo «paradigma» global. Cuando se habla lenguajes diferentes no es posible captar los mensajes del otro. Cuando se habla y se argumenta desde paradigmas diferentes, cada argumento resulta ininteligible, significa en la mente del receptor otra cosa que en la intención del emisor. Entre interlocutores que están en paradigmas diferentes, no cabe diálogo llano y directo, porque resulta ser, inevitablemente, un diálogo de sordos: son diferentes los postulados, los axiomas, los supuestos desde los que cada uno habla. Paradigmas diferentes son inconmensurables, comunicables en buena medida.

Como decimos, creemos que una de las dimensiones más profundas de la actual crisis de las religiones en Occidente es la epistemológica. Queremos en primer lugar elencar cuáles serían esas dificultades actualmente pendientes de superación, y que actualmente bloquean la reconciliación de las religiones con la sociedad de hoy. ¿Cuáles pues serían?

Dificultades pendientes de superación

1. El tema de la Revelación

- Por su propia naturaleza, la adición de unos datos «revelados» produce un desequilibrio en el interior de la epistemología humana, en cuanto que necesita articular un trato esencialmente distinto para estos datos de origen totalmente diverso.
- La revelación supone la fe en un conjunto de verdades, de conocimientos, que la Iglesia ha recibido, como un don, unos conocimientos que no ha elaborado ni construido, sino que han venido por comunicación directa de Dios, y que la Iglesia debe acoger con sumisión de juicio, y debe proponer a los fieles con exquisita fidelidad.
- La doctrina revelada recibida produce en la Iglesia un «depósito» de verdades, del que ella es simple depositaria, al que le debe fidelidad absoluta.
- «El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído» (DV10). Esta es la posición oficial actualmente vigente. Hay un depósito de verdades, revelado, sólo interpretable por el Magisterio, que tiene que limitarse a transmitir lo recibido, y a proponerlo como revelado por Dios para ser creído.
- El origen sobrenatural de estos conocimientos divinamente revelados introduce un factor enteramente anormal, atípico, extraordinario, en la epistemología teológica, en comparación con la epistemología normal, la de la ciencia, la filosofía y la sociedad actual, como luego diremos. Todavía no hace 50 años era posible este tipo de afirmaciones en la Iglesia católica (y de hecho hoy siguen siendo plausibles, vigentes, no habiendo sido derogadas sus condiciones de

posibilidad): «De la mente de los apóstoles hay que decir algo semejante a lo que hemos dicho de la mente divina (...) Los apóstoles fueron mucho más que simples profetas o que simples hagiógrafos. Como maestros supremos de la revelación plena y definitiva y como fundamentos de la Iglesia hasta el fin de los siglos, la teología tradicional reconoce en los apóstoles el privilegio especial de haber recibido por luz infusa un conocimiento explícito de la revelación divina mayor que el que los teólogos todos o la Iglesia entera tienen o tendrán hasta la consumación de los siglos. ... Por tanto, todos los dogmas ya definidos por la Iglesia y cuantos en lo futuro se definan estaban en la mente de los apóstoles, no de una manera mediata o virtual o implícita, sino de una manera inmediata, formal, explícita. Su modo de conocer el depósito revelado no era, como en nosotros, mediante conceptos parciales y humanos, los cuales contienen implícita y virtualmente mucho más sentido de lo que expresan, y exigen trabajo y tiempo para ir desarrollando o explicando sucesivamente lo que contienen, sino que era por luz divina o infusa, la cual es una simple inteligencia sobrenatural, que actualiza e ilumina de un golpe toda la implicitud o virtualidad. Si se toma, pues, como término de comparación el sentido del depósito revelado, tal como estaba en la mente de los apóstoles, para compararlo con el sentido que nosotros conocemos, entonces hay que decir una cosa semejante a la que dijimos al hablar de la mente divina, esto es, que no ha habido progreso, sino más bien disminución o retroceso». F. MARÍN-SOLÁ, *La evolución homogénea del dogma católico*, Madrid-Valencia 1963, 157-158.

Poco espacio queda para el conocimiento verdaderamente humano como el de la ciencia, y para una epistemología normal, aceptable en la sociedad humana normal.

2. El pensamiento realista, objetivista y metafísico de la filosofía aristotélico-tomista clásica.

- El concepto aristotélico-tomista de verdad como *adaequatio rei et intellectus*: hay una correspondencia entre nuestras afirmaciones y la

realidad. Nuestras «verdades» se corresponden directa y firmemente con la realidad. Es el llamado «objetivismo» de nuestro conocimiento: hay una realidad objetiva que respalda contundentemente nuestras verdades.

- El «realismo ingenuo» (Ian Barbour): nuestras verdades «describen» la realidad y podemos pensar que son «mapas» fidedignos, que alcanzan a decirnos con certeza cómo es la realidad.
- La ontología da concreción metafísica a ese objetivismo, ya sea en una versión más aristotélica o más platónica: la realidad más real es el ser, metafísico, óntico, más allá de lo mutable de la realidad misma, más allá de cambios y devenires, más allá de transformaciones accidentales: el ser permanece y es estable y seguro en su objetividad óntica, más allá de nuestros pensamientos. [Nietzsche: «el cristianismo ha sido platonismo para las masas»].
- El «hilemorfismo aristotélico», que incluye categorías (tan venerables cuanto insostenibles hoy día, como materia y forma), sigue siendo el único lenguaje filosófico oficial para explicar o exponer el misterio de la presencia eucarística.

3. El factor del Magisterio eclesiástico

- El factor *Magisterio* introduce a su vez nuevos factores extraordinarios, propios, en la epistemología católica.
- Los dogmas son «veritas revelata ab Ecclesia proposita» (BECKER, Karl Joseph, *La nueva interpretación de la fe*, en VARIOS, *Los movimientos teológicos secularizantes*, BAC minor 31, Madrid 1973, p. 31). Se trata sin embargo de unas verdades no directamente bíblicas (si lo fueran serían pertenecerían al campo de las verdades reveladas, gozando de un rango superior), sino derivadas, elaboradas, debatidas y decididas o votadas por el órgano eclesiástico competente, normalmente un concilio.
- En los últimos tiempos, desde el siglo XIX, se introduce el dogma de la infalibilidad pontificia, que aporta una nueva «fuente» de verdad dogmática, en cuanto que, aun al margen de todo concilio, el papa puede declarar dogma infalible cualquier verdad.

- Tanto las verdades «reveladas» (las presentadas como tales por la Iglesia para ser creídas), como las verdades «dogmáticas» (decididas conciliarmente, o definidas por el Papa) han de ser creídas con sometida obediencia (sin apoyo en razones ni evidencias, ofreciendo el obsequio de nuestra razón rendida), bajo pena de pecado y bajo la posibilidad de ser excomulgado de la comunión de la Iglesia en caso de disidencia sostenida.
- Estas verdades reveladas y las verdades dogmáticas conciliares o del Magisterio pontificio son inmutables, infalibles, irreformables. Y no sólo su letra, sino también su sentido, han de ser mantenidos en total fidelidad a sí mismos.
- «Las fórmulas dogmáticas están tan íntimamente unidas a su contenido, que cualquier cambio esconde o provoca una alteración en el contenido mismo» (Pablo VI, Alloc. del 5 de julio de 1967. *Insegnamenti di Paolo VI*, 5, 821). Más aún: «Las fórmulas mismas, en las que la doctrina ha sido ponderada y autorizadamente definida, no se pueden abandonar. En este punto, el Magisterio de la Iglesia no transige». (Pablo VI, alloc. del 4 de diciembre de 1968; *Insegnamenti di Paolo VI*, 6, 1045. Véase también Pío XII, *Humani Generis*, AAS 42 (1950) 565-567).
- Esta inmutabilidad de la letra y del sentido de las fórmulas dogmáticas es taxativa y total. Mejor lo referimos con palabras del propio magisterio pontificio. «Porque por las fórmulas de que se sirve la Iglesia para proponer los dogmas de fe, se expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura humana, ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica; sino que manifiestan... la experiencia universal y necesaria. Por eso resultan acomodadas a todos los hombres de todos los tiempos» (Pablo VI, *Mysterium Fidei*, AAS 57 (1965) 758). Más concretamente: «lo que durante siglos ha constituido el consentimiento común de los doctores católicos para obtener alguna inteligencia del dogma... se apoya en principios y nociones deducidos del conocimiento verdadero de los seres creados; y al deducirlo le ha iluminado a la mente, como una estrella, por medio de la Iglesia, la verdad divinamente revelada» (Pío XII, *Humani Generis*, AAS 42 (1950) 566). En resumen: «El mensaje y la doctrina se deben man-

tener... *in suo dumtaxat genere, in eodem scilicet dogmate, eodem sensu eademque sententia*»... José A. DE ALDAMA, *El pluralismo religioso actual*, en *Los movimientos teológicos secularizantes*, BAC minor 31, Madrid 1973, p. 189).

4. Algunas consideraciones

- A la luz de la epistemología actual suena como absolutamente ingenua e idealista la conciencia que la Iglesia guarda respecto a la asepsia cultural y su imparcialidad filosófica.
- También resulta absolutamente ingenua –a la luz no ya sólo de la epistemología sino del sentido común actual–, la falta de sentido histórico, el desconocimiento de una verdad tan simple como que toda formulación de conocimiento es histórica, depende de su contexto, y necesita evolucionar para mantener vivo su significado, que nunca permanece fijado en medio de una cultura y un lenguaje siempre en evolución.
- Hablar de una verdad divinamente revelada implica una comprensión del mundo dividido en dos pisos, el de esta tierra, donde estamos los humanos privados del conocimiento pleno, y el piso superior, morada de Dios, que de vez en cuando deja caer algo de ese conocimiento divino y lo revela, para orientar nuestra vida humana hacia la salvación.
- Esta epistemología que incluye verdades reveladas y dogmáticas produce inferencias extrañas que serían totalmente irregulares e inaceptables en la epistemología de la ciencia normal. Por ejemplo, desde las verdades reveladas la Iglesia puede saber que la hipótesis científica del poligenismo no puede ser correcta, porque contradeciría la interpretación que ella misma da a dichas verdades reveladas. Por la misma razón la Iglesia puede sostener posiciones contrarias a conocimientos científicos que puedan influir en la moral (por ejemplo, el aborto).
- Se hace patente la heteronomía de esta epistemología: el ser humano y el cosmos mismo están bajo una ley externa, superior, revelada, a la que deben someterse. Dependen también de una fuente superior de conocimientos, revelados, que por eso mismo son de autoridad

superior, de obligado acatamiento, por encima de cualquier reglamentación epistemológica normal.

- Esta peculiar situación hace posibles unos rasgos epistemológicos que a la luz de la epistemología normal resultan claramente patológicos.
- La razón teológica y la razón religiosa misma quedan inscritas en un marco epistemológico donde la verdad no es encontrada por los métodos epistemológicos normales en la sociedad moderna, sino que todos ellos quedan sometidos a una autoridad superior que está depositada enteramente en una sola persona. Se trata de un primado absoluto, representante de Dios en la Tierra, no sometido a nadie, ni a ninguna instancia de control, una monarquía absoluta (única en el mundo, la última) y teocrática (principio de autoridad que fue hurtado a la reforma general que el Concilio Vaticano II supuso, en la famosa «nota previa» al capítulo III de la *Lumen Gentium*). Todavía hoy, el papa está por encima de toda la Iglesia, por encima del Concilio, puede decidir todo individualmente, sin colegialidad, sin Concilio, sin consejo, en contra incluso de todos. Y lo que decida no sólo prevalece sobre cualquier otra opinión y decisión, sino que puede ser directamente declarado dogma infalible. (De todo esto no estamos hablando ahora como un juicio teológico, sino epistemológico: esta estructura tiene connotaciones epistemológicas inasumibles para la mentalidad epistemológica de hoy).
- Esta estructura patológicamente autoritaria tiene una procedencia originalmente «imperial», heredada del origen histórico de la Iglesia institucional. Fue el emperador romano el que convocó los primeros concilios —que solemos llamar ecuménicos—, precisamente para decidir sobre la doctrina cristiana, queriendo decidir y proclamar una doctrina única para todo el imperio, a fin de salvarlo de su crisis.
- Como es de suponer, este origen imperial de la Iglesia tiene un impacto notable en su propia epistemología, del cual todavía hoy no se ha redimido ni recuperado. Los principios, procedimientos y reglas de la epistemología «interna» de la Iglesia, cristalizados incluso en sus estructuras y en su derecho, conservan rasgos imperiales, son en realidad netamente imperiales. Así, por encima de todos los procedimientos y recursos normales en los caminos humanos de búsqueda de la verdad —como son la investigación, la reflexión, la

argumentación, el debate, el cuestionamiento sincero y la comparación de razones—, en la «epistemología eclesiástica» todos estos elementos quedan sometidos a la intervención del poder, del papa, de los obispos, de la jerarquía. Es el poder eclesiástico el que en última instancia dirime la verdad. Se trata de una «epistemología del poder». El poder crea la verdad, por sí mismo. No la «descubre», compartiendo la búsqueda en el diálogo: la decide, la crea, por sí mismo, y la impone. No necesita argumentar, rebatir las razones del adversario, mostrar las propias. Basta que decida. Y lo hace con un poder decisivo, definitivo y de obligado acatamiento: *Roma locuta, causa finita*. Es una práctica heredada del imperio.

Un factor de poder epistemológico añadido es, en este contexto, la prerrogativa de la infalibilidad pontificia, capaz de sustraer del ámbito de los condicionamientos epistemológicos a toda verdad que haya sido definida por el papa de un modo «infalible». También ahí, queda para siempre cerrada en esos casos la posibilidad del debate, de la revisión, de la reformulación.

Factor igualmente a contravía de la lógica y la epistemología modernas es el de la «irreformabilidad»: algunas afirmaciones de verdad pueden ser declaradas definitivas, o irreformables, con lo que queda prohibido en la Iglesia toda ulterior investigación o diálogo o debate sobre una «verdad» que la autoridad ya ha formulado y que desde su calidad de intérprete autorizado exclusivo de la palabra de Dios, determina que tal formulación ha de ser aceptada como definitiva por los fieles, así como por los teólogos, que por tanto se abstendrán de investigar, reflexionar, discernir o debatir al respecto.

Dentro de los ambientes eclesiásticos más relacionadas con la búsqueda de la verdad, como pueden ser las universidades y centros académicos, cuando se vive en este ambiente tan «epistemológicamente irrespirable», es lógico que el objetivo que acabe imponiéndose en la práctica no sea realmente el de la búsqueda de la verdad, su investigación, su discernimiento... sino que se busca simplemente exponer y desarrollar la teología y la doctrina oficiales. No se busca la verdad sino el dogma. No se busca la verdad, sino obedecer al poder, reconocer, acatar, repetir y exponer lo que él impone y exige.

El poder define la verdad no en función de una búsqueda sincera y desinteresada de la misma, sino en función de sus propios intereses, los de la institución. Es como la *raison d'Etat*, que supedita toda otra razón a los intereses supremos de la Iglesia, a la «razón del bien de la Iglesia», discernido por su jerarquía, sus funcionarios administradores.

- Aunque parezca increíble, y aunque forme parte del imaginario social colectivo, contamos todavía hoy con la Inquisición, fundada en 1542, que se confiesa todavía en activo, como la decana de las congregaciones más antiguas de la Iglesia Católica (cfr. el «perfil» que publica en su propia web). Reconoce que ha cambiado dos veces de nombre y de organización interna, pero reivindica que es la misma fundada en 1542 con el nombre de Santa Inquisición. Esto no es un detalle, o una anécdota simplemente curiosa, sino un dato de primera magnitud para la caracterización de la epistemología vigente en la Iglesia Católica: se trata de unas reglas epistemológicas que en el siglo XXI incluyen la existencia y el ejercicio efectivo de una Inquisición. El hecho de que en los últimos treinta años más de 500 teólogos (la cifra es incierta, y muchos la calculan como muy superior) hayan sido amonestados, sometidos a juicio, condenados, castigados, silenciados -alguno llegó incluso a ser excomulgado-... introduce obviamente una distorsión epistemológica de primer orden en la epistemología de toda una Iglesia.

La nueva epistemología: el nuevo paradigma epistemológico emergente

Importa mucho ver que esta situación epistemológica dominante en el ámbito de la Iglesia católica es profundamente diferente, y en buena parte incompatible, con la epistemología común existente en la mayor parte de la sociedad actual, epistemología que, de un modo genérico casi esquemático, podríamos caracterizar de la siguiente manera.

- El conocimiento ya no es concebido como una *adaequatio rei et intellectus*, con todo lo que ello conlleva de correspondencia directa entre nuestro conocimiento y la realidad, sino como un conjunto de modelaciones que nuestro cerebro humano hace a partir de la realidad percibida para habérselas mejor con la realidad.

- El conocimiento ya no es pensado en términos rigurosos de objetivismo, reconociéndose claramente la intervención del sujeto en su elaboración. El conocimiento es *construcción humana*, y en él todo es *interpretación* elaborada por nosotros como sujetos. Los datos no son simples datos neutros y objetivos, sino que van *cargados de teoría*, y de referencias y significados contextuales de la cultura de la que participan.
- La correspondencia del conocimiento con la realidad no es pensada en términos tan rígidamente objetivos: nuestro conocimiento es un *mapa del territorio*, no es el territorio mismo, ni se corresponde directamente a él. No hay un solo mapa posible, sino infinitos; y no es que sólo uno pueda ser válido y los demás inválidos.
- Dentro de las muchas —quizá incontables— posiciones epistemológicas actuales, una de las corrientes centrales que quisiéramos destacar como una de las principales y moderadas, sería la del *realismo crítico*, que se muestra equidistante tanto del objetivismo a ultranza como de una concepción del conocimiento como mero instrumentalismo pragmatista.
- La epistemología actual incorpora cada vez más la dimensión de la *incertidumbre* como constitutiva de la realidad actual del conocimiento. El principio de incertidumbre de la física cuántica, la constatación del doble carácter que tiene toda realidad subatómica, que simultáneamente aparece como partícula y como onda, con características enteramente diferentes y absolutamente imprevisibles, se ha hecho presente en la epistemología y todo parece indicar que ha venido para quedarse. Actualmente, la incertidumbre forma parte reconocida y asumida de nuestro modo de conocer. Nos hallamos actualmente mucho más inseguros de lo que estuvimos en el pasado, respecto a muchos campos del saber. Pero, aun con esa incertidumbre, o precisamente debido a ella, creemos que estamos mucho más cerca de la verdad que cuando creíamos poseerla con certeza.
- Hoy es ya una convicción epistemológica que no existe el *conocimiento puro, libre de intereses*. El sujeto productor del conocimiento no es un ser en el aire, sin condicionamientos ni intereses de todo tipo. Nuestra capacidad de conocimiento funciona en una dirección u otra, hace unas u otras preguntas a la realidad, en función de los

intereses que experimenta el sujeto, en todos los campos del conocimiento, también del religioso.

- Para la epistemología actual no existe el punto de vista absoluto, el metasistema absoluto, aséptico, neutral, objetivo... desde el cual poder poseer incuestionablemente la verdad, las formulaciones ciertas y eternas, indubitables, irreformables... Esto es considerado hoy día como una pretensión desmedida, en contradicción con las limitaciones del conocimiento humano en su actual estadio biológico.
- El conocimiento es cada vez más reconceptualizado desde las categorías biológicas. El conocimiento, desde sus formas más simples y elementales, es una capacidad creciente de las formas de vida evolutivas, y en nuestra especie se constituye en eje central de acumulación. Nuestro progreso evolutivo no es ya por cambios genéticos, sino culturales. El conocimiento, la cultura... son prolongación de la evolución biológica, el estadio por el que atraviesa actualmente. En todo caso, las bases biológicas siguen siempre presentes y son cada vez más reconocidas por la epistemología actual: nuestro cerebro no está programado para buscar la verdad, sino para sobrevivir...
- El conocimiento religioso es reconocido como de carácter necesariamente simbólico, metafórico, sobre la base de unas metáforas básicas que necesitan actualizarse, cambiar de imagen, al ritmo del cambio de la cultura, porque todos sus elementos (imágenes, conceptos, referencias, términos...) son contextuales, históricos, cambiantes, y las metáforas, como los símbolos en general, nacen, evolucionan, se reproducen y mueren.
- Una corriente significativa del pensamiento epistemológico actual es la del *pensamiento complejo*, que concibe la realidad como un todo holístico pero estructurado en niveles independientes y no siempre dotados con una lógica y una comunicación entre sí que esté a nuestro alcance descubrir o utilizar. Estas lógicas propias de los diferentes niveles no siempre conviven sin conflicto, y tampoco siempre estos conflictos son prevenibles ni resolubles, lo que abona el carácter caótico del conjunto. No obstante, la captación holística del conjunto puede avalar la transgresión de la lógica propia de un nivel precisamente para salvar el bien del todo. El pensamiento complejo que concibe a la realidad como multinivel, necesita la lógica aristo-

télica pero necesita a su vez transgredirla, y es capaz de tolerar estas contradicciones y conflictos, integrándolos en una visión «caórdica».

- En todo caso, la epistemología actual continúa siendo heredera de la crítica *emancipatoria* propia de la Ilustración y el pensamiento crítico moderno. Se espera de la madurez de la persona su capacidad para hacer uso público y autónomo de su razón, sin tutelas ni infantilismos. La persona moderna está llamada siempre a saber (*sápere aude!*), a decidir, a optar... y no ya a asumir una cosmovisión ajena impuesta por el poder religioso o político.

JUZGAR

Con lo que dicho hasta aquí, creemos que resulta obvio que el contraste entre la epistemología religiosa vigente en la Iglesia Católica y la epistemología común dominante en la sociedad, difícilmente puede ser mayor. No es posible el diálogo entre posiciones con epistemologías tan distintas. No resultan ser sistemas compatibles.

Me atrevo a sugerir que la crisis actual del cristianismo en general, y de la Iglesia católica en particular, respecto a la sociedad civil, es especialmente grave, no sólo porque se sitúan ambas en paradigmas diferentes, sino porque también sus epistemologías son totalmente diferentes, incluso incompatibles, como acabamos de apuntar.

En un tiempo como el que Thomas Kuhn llama «de ciencia normal», las dificultades ideológicas de convivencia se resuelven con el diálogo; son tiempos en los que las diferencias no son tan fuertes como para impedirlo, hay un lenguaje común, un patrimonio común de referencias compartidas. Pero no es éste el caso en los tiempos de «cambio de paradigma», en el que las dos partes no se entienden, no pueden dialogar, porque casi siempre un paradigma resulta inaceptable o hasta ininteligible desde el otro, incluso aun cuando la epistemología, las reglas del conocimiento sigan siendo comunes (porque no necesariamente varían con el cambio de paradigmas).

En esta situación, los cristianos, que formamos parte de ambas esferas y vivimos el conflicto en nuestro propio corazón, soñamos con el día en que nuestra fe se ponga a la altura de la sociedad actual y recupere el atraso

que arrastra. Eso será un cambio múltiple de paradigmas, una auténtica «revolución teológica», tomando esta imagen del libro «La estructura de las revoluciones científicas» de Thomas Kuhn. Con la mente puesta en la investigación que dicho libro aportó, nos cabe a nosotros también preguntarnos: ¿Qué ha de suceder en las religiones, en el cristianismo, en el catolicismo, para que se dé la superación de esta difícil situación, superación que nosotros consideraríamos una verdadera «revolución teológica»? ¿Qué podemos hacer para propiciar, para provocar, para acelerar esa añorada «revolución teológica»?

Recordemos brevemente lo que Kuhn expresa respecto de estas revoluciones científicas, para tratar de aplicarlo después, a nuestro modo, a la «revolución teológica» como la que soñamos, y deducir de esa reflexión unas pautas de acción.

¿Cómo son las revoluciones científicas?

Recordemos —muy breve y esquemáticamente, porque es muy conocido— lo que Kuhn señala como **momentos característicos del proceso de desarrollo de las revoluciones científicas**.

Después de un largo período de «tiempo normal de la ciencia», comienzan a aparecer datos nuevos que no encajan en la comprensión normal del paradigma tradicional. No pudiendo encajarlos normalmente, los científicos optan por considerarlos «epiciclos», excepciones a las reglas vigentes del paradigma científico actual. Poco a poco van apareciendo más y más datos que no cuadran con la explicación científica vigente, para los que también se establece la consideración de excepciones a la explicación común, sobre la base del paradigma compartido por la comunidad científica. Esta multiplicación de las excepciones va generando una situación de malestar entre los científicos: la explicación científica vigente no resulta convincente, cuando tiene que aceptar tantas salvedades. Surge en algunos científicos la sospecha de que algo no funciona bien en aquella explicación global en aquel paradigma. Y en algunos de los científicos, surge, consciente y/o inconscientemente la inquietud por encontrar una nueva «explicación global», un nuevo paradigma.

Alguno o algunos miembros de la comunidad científica descubren esa nueva explicación, ese nuevo paradigma, que contradice radical e incompatiblemente el paradigma vigente. Al exponerlo a la comunidad científica, los innovadores, en un primer momento, reciben un rechazo frontal, que después, poco a poco, va disminuyendo, al paso que crecen las adhesiones a la propuesta de un nuevo paradigma.

Reflexiona Kuhn: ¿quiénes suelen descubrir los nuevos paradigmas? Suelen ser, responde, espíritus libres, científicos jóvenes, no demasiado comprometidos en su vida personal y profesional con el paradigma tradicional, ni con la institución.

En el proceso de transición los dos grupos de científicos, partidarios del viejo o del nuevo paradigma, pasan por un período en el que parece que no se pueden comunicar: resulta imposible el diálogo, parecen ver cosas distintas en la realidad, en función del filtro-paradigma que adoptan. Desde un paradigma es prácticamente imposible dialogar con el otro.

¿Cómo otros científicos van aceptando el nuevo paradigma? ¿Qué proceso se da en la aceptación del mismo? Subraya Kuhn que esa aceptación no siempre es fruto de férreas argumentaciones y demostraciones científicas, sino de una intuición momentánea, de un *blic*, en la que, de golpe, captan la nueva visión que habían estado precisamente rechazando.

¿Qué pasa a los que van aceptando el nuevo paradigma? Dice Kuhn que a los científicos que aceptan el nuevo paradigma les parece experimentar que están en un mundo nuevo, porque una nueva forma de mirar, inspirada por un nuevo paradigma, les hace reparar en detalles que antes nunca habían notado, les hace percibir, como nuevos, datos en los que nunca habían reparado, pero que siempre estuvieron allí.

Con esta transformación de la mirada de los científicos, los efectos de la adopción del nuevo paradigma se afianzan en ellos, y se propagan y se multiplican, con lo que el paradigma nuevo va avanzando y conquistando mentes y corazones.

¿Acaba dominándolo todo el nuevo paradigma? Sólo con el tiempo, con mucho tiempo, porque, como hemos dicho, tanto la aceptación como el rechazo de un nuevo paradigma no son consecuencia de argumentación y demostración. Los paradigmas, dice Kuhn, son muy resistentes a la «fal-

sación». Los datos contrarios no nos suelen hacer mella en nuestra adhesión a los paradigmas profundos. Éstos expresan una concepción global tan de fondo, están tan comprometidos con la explicación global del todo, que no parece posible al sujeto descalificar (aceptar el fracaso, la falsedad) de un paradigma por uno ni por muchos datos contrarios que se le presenten. En otros campos, un sólo dato destruye una tesis o una hipótesis; en cuestión de paradigmas, muchos datos contrarios son «digeridos» por sujeto simplemente como «excepciones», como «epiciclos» en el lenguaje de Kuhn. Así, la resistencia de algunos miembros de la comunidad científica al nuevo paradigma puede ser definitiva, hasta que la muerte los retira del escenario científico; se suele aducir como ejemplo el caso del científico que murió atrincherado en el rechazo sostenido contra la teoría de la relatividad de Einstein, aun cuando ya toda la comunidad científica de la época la había aceptado; razones extra-científicas —afectivas, personales, conscientes o subconscientes...— juegan un papel decisivo en un terreno que, supuestamente, debería ser estrictamente científico.

¿Cómo serían las «revoluciones teológicas»?

Acabamos de describir, de la mano de Thomas Kuhn, muy sintéticamente, lo que él llama la «estructura de las revoluciones científicas», en el proceso de desarrollo de los cambios de paradigma en la comunidad científica internacional. Intentemos hacer otro tanto, esta vez sobre una posible **estructura de la revolución teológica** refiriéndolo al proceso de desarrollo del pensamiento de la comunidad creyente, la teología. Veamos.

También la teología tiene sus tiempos «de teología normal», y otros tiempos en los que aparecen también datos, teorías, corrientes de pensamiento, nuevas valoraciones... que resulta difícil encajar en el paradigma teológico vigente. También se trata a esos datos incómodos como «epiciclos», excepciones que no se sabe justificar —o para las que se aduce una justificación que a pocos convence—, pero que no tienen capacidad, en manera alguna, para «falsar» el paradigma global de fondo de la visión religiosa o teológica en la que se está. Son a veces fórmulas de fe que son deudas de una visión cosmológica o filosófica periclitada, que ya no resultan creíbles, o simplemente significativas, pero que se siguen repitiendo ritualmente sin prestar atención a su desfase o falta de significación.

Como es sabido, estamos en un tiempo en el que no son algunos pocos datos concretos, aislados, los que no encajan en el paradigma vigente y reclaman ser considerados como «epiciclos» de excepción. Como hemos dicho en la primera parte de este estudio, la diferencia y el conflicto entre la forma de mirar y de comprender la realidad desde la sociedad civil y desde la comunidad creyente, nunca habían estado tan distanciadas.

En esta situación van a pareciendo por todas partes creyentes individuales, comunidades, teólogos... que van asumiendo los nuevos paradigmas de la sociedad y tratan de vivir su religiosidad re-expresada en esos nuevos paradigmas. El tipo de religiosidad resultante viene a ser realmente diferente del paradigma oficialmente vigente. Son personas, grupos, comunidades, teólogos/as que han hecho una relectura, una síntesis, y representan pues una nueva propuesta, un nuevo paradigma de religiosidad.

También en esta situación los creyentes pertenecientes a los dos paradigmas encuentran dificultades extremas para dialogar. Hablan lenguajes distintos... Uno habla de salvar las almas para el cielo, otro de construir el Reino de Dios; uno habla de ser cristiano como de estar bautizado, mientras otro entiende ser cristiano como «vivir y luchar por la causa de Jesús»... Son como dos jugadores ante el mismo tablero y las mismas fichas, pero uno entiende que está jugando a damas, mientras el otro cree que está jugando al ajedrez (Hiebert-Bosch).

Estamos asistiendo al debate y la convivencia de tipos diversos de paradigmas religiosos. Hablando concretamente del cristianismo, hay cristianismos muy distintos, «lecturas diferentes» del mismo: unos tienen una visión doctrinal, otros la tienen predominantemente jurídica, mientras otros se debaten entre el modelo ontológico-culturalista o bien el ético-profético.

Conviven cristianismos muy diferentes, en realidad incompatibles. No es lo mismo un cristianismo de salvación que un cristianismo de no-salvación ultraterrena, ni un cristianismo de «segundo piso» u otro de un sólo piso. No es lo mismo un cristianismo exclusivista que un cristianismo pluralista, que un cristianismo que se considera una entre otras religiones, ni un cristianismo teísta que otro posteísta... No hay diálogo entre ellos. Mas bien suelen darse muchas descalificaciones, que expresan simplemente la dificultad de comunicación mutua.

Ocurrió ya en momentos emblemáticos: los cardenales de la Inquisición no podían sino condenar a Galileo Galilei. Desde su paradigma geocéntrico, lo que proponía Galileo era, claramente, no sólo un despropósito, sino una herejía total. Harían falta tres siglos para que la Iglesia pudiera digerir la nueva propuesta.

Hoy ocurre con los miembros de la Hermandad San Pío X, herederos de Mons. Lefebvre, que desde su paradigma netamente pre-moderno, detenido en el Syllabus, no pueden sino calificar al Concilio Vaticano II sino como herético, y a los papas que han permitido tal deriva herética, como «anticristos».

¿Quiénes son los iniciadores de estos paradigmas nuevos que presentan una alternativa al tradicional? Como lo que decía Kuhn respecto a los nuevos paradigmas científicos, aquí suelen ser creyentes jóvenes, sin una vinculación demasiado fuerte al sistema eclesial, que les pudiera impedir la libertad de pensar y de expresión. Los teólogos mayores que ya tienen la vida hecha y cuya imagen no puede ser dilapidada al final de una trayectoria brillante, no pueden aceptar un nuevo paradigma que le suponga echar por tierra el trabajo de toda una vida, aunque lo intuyan y en su corazón lo compartan; ello se debe simplemente a un «argumento biográfico»...

Hay también quienes no pueden cambiar por motivos afectivos, personales, o de ideología política, pues en alguno de estos paradigmas —como el liberador— lo sociopolítico-ideológico se ha solapado inevitablemente.

Por su parte, hay quienes sí han visto el nuevo paradigma y no pueden volver la vista atrás. La adopción del nuevo paradigma fue para ellos una especie de conversión religiosa, todo un proceso laborioso y profundo, y no les es posible renunciar a la nueva forma de mirar. Forma parte ya de su propia nueva visión, que ahora les hace ver muchos detalles y nuevos aspectos que antes no veían...

Estamos, como decíamos, en una situación de gran división en la comunidad creyente, con paradigmas muy enfrentados con muy pocas posibilidades de diálogo. Todos los datos de interpretación contraria —según el paradigma desde el que sean interpretados— no logran forzar la falsación de ninguno de los paradigmas, a la que como dice Kuhn son tan resistentes.

El factor que diferencia más notablemente la dinámica de la estructura de la revolución teológica en comparación con la revolución científica es, probablemente, la actual diferencia de epistemologías en los dos sectores en oposición, por una parte, así como el peso enorme, patológico, de la autoridad eclesial, un factor que es enteramente nuevo respecto a las reglas de juego de revolución científica. Si, en principio, ya es muy difícil el diálogo entre paradigmas diferentes, la dificultad se multiplica exponencialmente cuando a esa diferencia se añade la diferencia abismal de epistemologías —como hemos tratado en la primera parte de este estudio—. Y a ello añadamos, si cabe, la diferencia que significa el régimen autoritario, vertical, auto-considerado autorizado en nombre de Dios como «intérpretes únicos del pensamiento revelado» (DV10).

¿Qué ha de suceder, qué hemos de hacer... para que se dé una Revolución Teológica?

El estado actual de múltiples y conflictivas divisiones teológicas e ideológicas en la Iglesia no es un problema teórico simple, dependiente simplemente de un acervo de información que distribuida a todos pudiera acabar con nuestras diferencias. Nuestras diferencias teológicas y hasta espirituales dependen de unos factores epistemológicos intermedios, no directamente disponibles, que condicionan radicalmente nuestra forma de percibir el mundo, de sentir y hasta de razonar. Son los paradigmas.

Estos factores epistemológicos no son simplemente teoría que pudiera ser objetivamente transmitida o demostrada, sino que está articulada junto con vivencias, querencias, herencias, sentidos de identidad y de pertenencia, sensibilidades educacionales, vivencias acumuladas, sentimientos explícitos y subconscientes... Todo lo cual hace que las personas guarden hacia sus paradigmas una profunda relación de identificación identitaria, normalmente inconsciente. Los paradigmas son los filtros epistemológicos subconscientes mediante los cuales percibimos la realidad, lo cual hace que nuestra percepción no sea nunca totalmente objetiva, sino subjetiva, «cargada de paradigma». No percibimos en abstracto, desde un lugar absoluto, desligado de subjetividad. Percibimos a través de esos filtros, que incluyen categorías, métodos, lógicas de aplicación inmediata. No simplemente conocemos, sino que «conocemos como» dentro del

marco de posibilidades que a cada uno nos ofrecen nuestros respectivos paradigmas vivenciados.

Es por eso por lo que los paradigmas están muy arraigados en cada persona, y son muy resistentes a la falsación. Una persona permanece fiel a sus paradigmas a pesar de que algunos datos —o incluso muchos— contradigan la veracidad del mismo. La persona puede convivir con muchos datos fehacientes adversos, sabiendo considerarlos «epiciclos», excepciones que, a pesar de todo, «confirman la regla». Y es por eso mismo por lo que el diálogo o discernimiento entre paradigmas no suele funcionar, porque no es mediante datos y/o razones como se puede «falsar», demostrar a un sujeto sobre la falsedad de sus paradigmas.

La acción para acercar posiciones paradigmáticas ha de situarse en un nivel previo, o más profundo, en el que sin necesidad de esgrimir razones contrarias, tomadas de un paradigma diferente o quizá incompatible, se intente remover dificultades, malentendidos, sospechas, temores, equívocos... que allanen para el otro el camino de acercamiento hacia la comprensión del otro paradigma. Se trataría no sólo de la remoción de dificultades negativas sino de la facilitación de perspectivas positivas: mostrar que el otro paradigma no niega elementos muy queridos para la propia posición... Todo ello tratando de eliminar obstáculos para que sea posible al sujeto acceder al *blic*, o momento intuitivo en el que, como dice Kuhn, de golpe, «como en una conversión religiosa», se le hace accesible la visión del otro paradigma.

Es decir, la epistemología puede de alguna manera decepcionarnos en cuanto que nos dice que no existe un camino directo de acceso al diálogo de discernimiento sobre el otro paradigma. Este camino de diálogo directo entre paradigmas incompatibles, que era en el que espontáneamente habíamos confiado siempre —desde una visión epistemológicamente ingenua—, no existe, es impracticable. Pero a la vez, la epistemología nos ilumina al indicarnos luces y pistas correctas —aunque más largas y complicadas— para superar el impase en el diálogo entre paradigmas, a saber:

- Esta falta de diálogo entre paradigmas no es un problema nuevo, sino que se ha dado muchas veces en la historia, aunque tal vez en formas más suaves, con datos cuantitativos obviamente menores, y con ritmos históricos más lentos.

- Es «normal» que en teología se dé también este tiempo distinto al que Kuhn llamaba «de la ciencia normal», que en nuestro caso diríamos «de la ciencia teológica normal». Es normal atravesar estos períodos históricos convulsos, caóticos, de dificultad para el diálogo entre las diversas opiniones teológicas, de falta de inteligencia entre las partes incluso en los niveles básicos del lenguaje. Debemos armarnos de fortaleza ante las contradicciones, de paciencia ante la lentitud del proceso, de comprensión ante todos los que sufren las consecuencias... y a la vez de inteligencia y de comprensión profunda de las implicaciones epistemológicas de la situación, para tratar de acompañarla de la forma más adecuada.
- Aunque la aceptación de nuevos paradigmas pueda ser muy lenta y encuentre mucha resistencia, sabemos que hay evidencias que nos pueden confirmar en la esperanza de que históricamente no tardará un paradigma nuevo en hacerse dominante. Nos referimos a paradigmas que dependen de una base más física o demostrable. Hay por ejemplo paradigmas morales, o filosóficos, más sutiles, ante los que la tradición social puede resistirse firmemente; pero está destinado al fracaso el rechazo de paradigmas cuya demostración o falsación depende simplemente de un buen telescopio. La Inquisición venció sobre Galileo, lo humilló y lo sometió a pesar de no poder refutar sus argumentos, pero, a pesar de resistirse obcecadamente durante tres siglos, la Inquisición tuvo que rendirse finalmente ante la evidencia ofrecida por el telescopio. *E pur si mouve*. Hoy hay «telescopios» de otras ciencias que, a su modo, también desplazan viejos paradigmas geocéntricos. La historia de las víctimas avasalladas por el poder religioso que se sitúa por encima de la razonabilidad humana, nos alienta a no perder esta perspectiva de futuro, esperanzada en la marcha siempre constante hacia paradigmas más correctos.
- La epistemología actual nos hace comprender la realidad desde el «pensamiento complejo», que se hace cargo de su carácter «multi-nivel»: muchos niveles diferentes, holísticamente interdependientes pero funcionalmente autónomos, capaces de funcionar sin sincronía y frecuentemente con conflictos derivados del choque de lógicas diferentes en cada nivel, comunicadas entre sí. Hacernos cargo de un pensamiento complejo implicará comprender y aceptar la lógica

de cada nivel, de cada grupo, y a la vez ser capaces de contradecir esa lógica, con libertad inteligente, con decisiones tomadas desde un nivel holísticamente superior. Tenemos que respetar la lógica propia de cada nivel, ser capaces de soportar —desde una óptica multinivel— las contradicciones observables entre los diferentes niveles que no se comunican, y, a la vez, saber ser capaces de contradecir alguna de esas lógicas .

- «El ser humano dispone de un sistema inmunológico que reacciona para expulsar toda intrusión extraña y que, en este sentido, se ocupa de rechazar el corazón que se le ha trasplantado a un organismo para salvarlo. Este sistema computa correctamente la intrusión extraña y reacciona en consecuencia. En este sentido no comete ningún error. Pero con referencia a nuestro otro meta-nivel, donde evidentemente existen la cirugía, la sociedad la conciencia, donde este corazón extraño llega justamente para hacer vivir al organismo, hay un error fatal, que procede de la no comunicación entre los dos niveles de organización» (Edgar Morin).
- A una altura de la historia en la que hemos ampliado el conocimiento inimaginablemente, y hemos llegado a un pensamiento realmente complejo, consciente del carácter multi-nivel de la realidad, dejando atrás aquella visión mono-nivel del religio-centrismo clásico que veía el todo como una realidad homogénea, de un sólo nivel, con una sola lógica, que no imaginaba que pudiera haber conflictos en la lógica intrasistémica de la concepción de la realidad, ni mucho menos que pudiéramos llegar a captar que tuviéramos que consentir aparentes errores en diferentes niveles ni que tuviéramos que atrevernos a contradecir alguna de sus lógicas precisamente en pro de una lógica holísticamente superior.
- Esta visión epistemológica del pensamiento complejo puede iluminar la situación actual que vivimos, la que estamos tratando de iluminar en este estudio. En efecto, la ampliación del conocimiento que hemos experimentado en las últimas décadas, nos ha hecho abandonar la visión clásica que como personas religiosas teníamos de la realidad:

- visión religiosa homogénea (mono-nivel) de la realidad, toda ella dentro de un único e incuestionable relato religioso, sin fisuras ni contradicciones declaradas,
- regida únicamente por la norma suprema de nuestra propia religión
- con la aceptación de una lógica auxiliar humana, la lógica aristotélico-tomista, asumida oficialmente.

Ahora, con la ampliación del conocimiento, hemos venido a concebir que éste es sólo un nivel de la Realidad global, y es además un nivel limitado.

Sabemos que es un nivel (la religión) construido humanamente.

Que sus valores profundos persisten, pero no vinculados monolíticamente, como antes pensábamos, a las formas religiosas, sino independientes de ella, en un meta-nivel,

Conocemos otros niveles que antes no teníamos en cuenta: los diferentes contextos culturales y filosóficos, las limitaciones de cada religión, el marco eco-biológico de toda la realidad —incluida la religión—, los condicionamientos epistemológicos del conocimiento humano...

Y reconocemos las lógicas de cada uno de estos niveles, muy diferentes, que a veces entran en franco conflicto, produciendo situaciones caóticas, incontrolables, que no sabemos ni podemos conducir en su globalidad.

Desde esta nueva visión compleja, holísticamente superior, nos sentimos capaces de soportar los aparentes errores que se producen en algunos niveles, así como los conflictos entre las lógicas correspondientes a niveles diferentes que no tienen comunicación entre sí. Hoy nos creemos avalados por este nuevo sentido común holístico complejo que nos respalda en soportar esos supuestos errores y conflictos.

Estamos en un momento semejante a los muchos que ya hemos vivido históricamente: hay muchos conflictos en juego, son muchas las contradicciones entre las lógicas de los diferentes niveles. Somos muchos quizá los que creemos que estamos trasplantando un nuevo corazón, y los rechazos del sistema inmunológico son fuertes. Sabemos que nos asiste una razón superior para hacerlo, pero no sabemos si conseguirá triunfar el bien del conjunto.

Una reflexión más teológica o espiritual

Ya muchos creyentes tuvieron que vivir en horas históricas bajas de la Iglesia, como su siglo de hierro, o las épocas bajas del papado... Tuvieron que sufrir esa situación de la Iglesia, sin culpa, pero también sin obligación de pensar que debían prestar obsequiosa aquiescencia a las decisiones de la autoridad eclesiástica... Tal vez a ellos, en aquel tiempo, no les era posible pensar así. Para nosotros lo es. Sabemos que el *staff* eclesiástico está clamorosamente volcado a un solo paradigma, que no extiende su mirada más allá de un solo nivel, que no han aceptado realmente la «ampliación del conocimiento», ni el «pensamiento complejo», ni parecen comprender la complejidad multinivel holística de la realidad... A un cristiano epistemológicamente consciente, la nueva visión, desde su conocimiento ampliado, le avala para asumir valientemente el «servicio» de contradecir la lógica de un nivel concreto...

¿Qué es lo que hará cambiar en la Iglesia?

Hará cambiar, sin duda, el hecho de que la percepción de la nueva visión, la «ampliación del conocimiento», se va extendiendo poco a poco, sin hacer ruido, en los cristianos de a pie, haciendo cada vez más posible que surja una coyuntura favorable —como la del papa Juan XXIII— para que en un momento se dé un salto vigoroso hacia adelante, como hoy por hoy no lo podemos imaginar. (Torres Queiruga advierte que no debemos desestimar esa posibilidad, que tampoco era imaginable poco antes del Concilio Vaticano II).

Probablemente muchos agentes de pastoral-funcionarios van viendo, pero no quieren mirar, miran para otro lado.

La difusión de esta visión epistemológica de los condicionamientos, limitaciones, infraestructuras, ampliación de conocimiento, estructura multinivel, limitaciones autoimpuestas por la política eclesiástica interna de autoselección jerárquica... va a propiciar mas temprano que tarde esa revolución teológica esperada...

El mundo del pensamiento no es un armario de proposiciones yuxtapuestas que se corresponde con otro armario donde están físicamente las verdades correspondientes que aquellas proposiciones «describen»...

- Que dejemos de debatirnos simplemente a base de razones, en la ignorancia de los condicionamientos e implicaciones epistemológicos... Son estos presupuestos, axiomas, postulados inconscientes, supuestos acrílicos... los que debemos concienciar y desactivar
- Que más y más personas y comunidades descubran que estamos en un cambio axial, y que la nueva epistemología nos evidencia...
 - la imposibilidad de solución de acuerdo desde diferentes paradigmas
 - la legitimidad de tener diferentes paradigmas
 - tampoco un absoluto relativismo entre los diferentes paradigmas (no son iguales, no están en el mismo plano)
- Reconocer las «resistencias afectivas», no intelectuales, que están en juego bloqueando el cambio:
 - nuestros intereses tanto personales como colectivos e institucionales
 - nuestros subconscientes afectivos...
 - la dificultad de abandonar los mitos...

¿Puede la religión cambiar o no?

Sí, pero no podrá seguir siendo religión agraria. Tendrá que abandonar métodos, esquemas, funciones de control sobre la sociedad, pretensiones de control de la verdad...

Podría, en efecto, transformarse a sí misma, y pasar a configurar otro tipo de religión... quizá pos-religional, al que ya no se pudiera llamar «religión agraria»...

Testimonio del Dalai Lama (19 de septiembre de 2012): viendo la crisis actual de las religiones, estoy empezando a pensar que hay que pensar la espiritualidad al margen de ellas... (*This is why I am increasingly convinced that the time has come to find a way of thinking about spirituality and ethics beyond religions altogether...*).

Pueden cambiar las religiones, pero, por su propia naturaleza, lo tienen realmente muy difícil... y han perdido mucho tiempo, llevan mucho retraso —lo que complicará más la puesta al día—, y todavía hoy no se puede decir que estén preparadas para cambiar ni anuentes al cambio.

Y el cristianismo, ¿puede cambiar?

Obviamente, antropológicamente hablando, el cristianismo es religión agraria, con todas las características de éstas (software de programación, creencias...). Podría continuar, pagando el precio de superar esas características agrarias. Necesitará una verdadera metamorfosis.

Problema: en la visión clásica esto afecta a su identidad, y como religión agraria que es, también se siente bloqueado y blindado epistemológicamente contra los cambios... Sólo podrá salir adelante si supera este blindaje, que es un elemento ajeno a su naturaleza verdadera, ajeno a su origen jesuánico, un tributo inherente al tiempo agrario del que hoy podemos y debemos prescindir.

Pregunta de biblia-ficción: ¿Se opondría Jesús hoy, si viviera hoy y supiera lo que hoy sabemos de la epistemología mítica, de la construcción humana-imperial-institucional del dogma cristológico, de la epistemología hiper-realista, de la visión que la antropología cultural tiene de las religiones agrarias... se opondría a que reconstruyéramos hoy comunitariamente esa identidad cristiana -que tanto ha variado a lo largo de nuestra corta historia?

Somos muchos los optimistas que creemos en la capacidad del cristianismo para sobrevivir, transformado, metamorfoseado, superando esta crisis epocal; pero entra dentro del realismo histórico el pensar que también puede fracasar —son muchas las religiones que ya desaparecieron en la historia—. Lo que nos hace sufrir es que la deseada «revolución teológica», imprescindible para esta transformación necesaria, no llega, y los responsables de la Iglesia parecerían estar haciendo lo posible por impedirla. Puede sobrevivir la religión cristiana, pero tal como va caminando actualmente, no es seguro que vaya a poder. Tenemos esperanza en que, más temprano que tarde, triunfará la fe sobre el miedo. Optamos por el futuro.

Sesión de trabajo

La sesión se inicia con la pregunta por la razón de estar usando el término teología y no el de filosofía, dado que se está hablando sobre la verdad. Aparece una aclaración que mientras en Oriente no se hace distinción entre las dos, en Occidente distinguimos entre los dos conocimientos. La intervención de la razón en filosofía solo conduce a la puerta de la cualidad humana profunda, no puede entrar en ella. La teología, aunque es también racional, hace referencia a un saber que se ha hecho experiencia y lo expresa conceptual y simbólicamente. Serían dos niveles de saber.

Se cuestiona que el trabajo, aún reconociendo que todo tiene una raíz biológica, no llega a sacar consecuencias axiológicas de ello para el tema teológico que trata. José M^a contesta que para él ha sido una novedad escuchar nuevos planteamientos sobre lo axiológico en el Encuentro como por ejemplo que todo lo axiológico llega por lo sensitivo y lo concreto. Él está en proceso de asimilarlo. Aunque reconoce que gracias a haber formulado aclaraciones de carácter epistemológico uno puede indagar más libremente por ejemplo en temas teológicos. Está convencido que realizando aclaraciones epistemológicas se abre la posibilidad de nuevas perspectivas en el enfoque de temas teológicos.

Se genera una viva discusión sobre la viabilidad de cambio desde dentro de una religión. Se plantean dos posiciones: la que considera que ello supone una gesta imposible y por ello postula dedicarse a construir en paralelo una alternativa, mediante lo cual se liberaría a las personas ofreciéndoles la posibilidad de espiritualidad fuera de una estructura de tiempos pasados con la que tienen problemas; y la otra que ve viable liberar a los fieles de todo el paradigma ya caduco propio del pasado, y con ello puedan mantener un seguimiento a las tradiciones.

Por otro lado se plantea la incompatibilidad entre tener epistemología no mítica y a la vez declararse confesante de unas verdades por muy sutil que se planteen. Para salir al paso de esta contradicción, se formula que sería mejor considerar a los seguidores de una religión como personas unidas bajo una misma inspiración, y no como sometidos a unas creencias pues eso ya implica epistemología mítica. Se comenta que se dan bastantes ca-